CUENTOS COMPLETOS

de

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

EL ENCENDEDOR DE YESCA

POR EL CAMINO IBA UN SOLDADO MARCHANDO: ¡un, dos, un, dos! Llevaba la mochila a la espalda y un sable al costado, porque había estado en la guerra y ahora iba de vuelta a casa. Y por el camino se encontró con una bruja vieja; era muy fea, el labio inferior le colgaba casi hasta el pecho. La bruja dijo:

—¡Buenas tardes, soldado! ¡Ahora podrás tener todo el dinero que desees!

—Gracias, vieja bruja —dijo el soldado.

—¿Ves ese árbol grande? —dijo la bruja señalando el árbol más próximo—. Por dentro está completamente hueco. Treparás hasta la copa y verás un agujero por el que puedes deslizarte hasta llegar a lo más profundo del árbol. Yo te ataré una cuerda a la cintura para poderte izar cuando me avises.

—¿Qué encontraré dentro del árbol? —preguntó el soldado.

—¡Montones de dinero! —dijo la bruja—. Cuando llegues a lo más hondo del árbol, te hallarás en un gran corredor; está perfectamente iluminado, pues hay más de cien lámparas encendidas. Verás entonces tres grandes puertas, que podrás abrir porque las llaves están puestas. Cuando entres en la primera estancia, verás en el suelo un gran arcón, sobre el que está sentado un perro; tiene unos ojos grandes como dos tazas de té, pero

no tienes por qué asustarte. Te daré mi delantal azul de cuadros, y tú lo extenderás en el suelo; agarra a toda prisa al perro y ponlo encima de mi delantal, abre el arcón y coge todas las monedas que quieras; son todas de cobre; pero si prefieres plata tendrás que entrar en la siguiente estancia. Allí hay un perro con dos ojos grandes como ruedas de molino. Pero no tienes por qué asustarte: ponlo sobre mi delantal y coge las monedas. Pero si además quieres oro, también podrás tenerlo, y todo lo que puedas llevar; solo tienes que entrar en la tercera estancia. El perro que está sentado encima del arcón tiene dos ojos tan grandes como la torre redonda de Copenhague. ¡Menudo perro es ese, créeme! Pero no tienes por qué asustarte: ponlo simplemente encima de mi delantal y no te hará nada, y toma del arcón tanto oro como desees.

—No está nada mal —dijo el soldado—. Pero, ¿qué quieres que te traiga, vieja bruja? Porque supongo que algo querrás.

—No —dijo la bruja—, no quiero ni una sola moneda de cobre. Solo tienes que traerme un viejo encendedor de yesca que se dejó allí mi abuela la última vez que bajó por el árbol.

—Pues vamos, átame la cuerda a la cintura —dijo el soldado.

—Aquí la tienes —dijo la bruja—, y aquí tienes mi delantal azul de cuadros.

Así que el soldado trepó al árbol, se dejó caer por el agujero y, tal y como la bruja le había dicho, se encontró en el gran corredor, donde ardían muchos cientos de lámparas.

Así que se abrió la primera puerta. ¡Uf! Allí estaba el perro de los ojos tan grandes como tazas de té, mirándolo fijamente.

—¡Vaya si eres buen mozo! —dijo el soldado.

Lo colocó encima del delantal y cogió todas las monedas de cobre que pudo meter en su faltriquera, cerró el arcón, volvió a colocar al perro encima y entró en la segunda estancia. ¡Atiza! Allí estaba el perro de ojos tan grandes como ruedas de molino.

—¡No deberías mirarme tan fijamente! —dijo el soldado—. ¡Te podrías hacer daño en los ojos!

Y colocó al perro encima del delantal de la bruja, pero cuando vio tantas monedas de plata en el arcón tiró las monedas de cobre que llevaba y se llenó la faltriquera y la mochila solo de monedas de plata.

¡Y entonces entró en la tercera estancia! ¡Qué horror! Aquel perro tenía realmente los ojos tan grandes como la torre redonda de Copenhague, y daban vueltas en sus órbitas como si fueran ruedas.

—Buenas tardes —dijo el soldado llevándose la mano al morrión, pues jamás había visto un perro como aquel; pero después de mirarlo un rato pensó que ya era suficiente, lo levantó y lo puso en el suelo, y abrió el arcón.

¡Válgame Dios! ¡Cuánto oro! ¡Con aquello podría comprarse todo Copenhague y todas las figuritas de mazapán de las pastelerías! ¡Y todas las

fustas, y todos los caballitos de cartón, y todos los soldaditos de plomo que había en el mundo! ¡Aquello sí que era dinero! De modo que el soldado tiró todas las monedas de plata que se había metido en la faltriquera y en la mochila, y en su lugar puso oro; sí, la faltriquera, la mochila, el morrión y las botas quedaron repletos de tal modo que casi no podía caminar. ¡Ahora sí que tenía dinero! Colocó al perro encima del arcón, cerró la puerta y gritó por el hueco del árbol:

—¡Ízame, vieja bruja!

—¿Tienes el encendedor de yesca? —preguntó la bruja.

—¡Es verdad! —dijo el soldado—. Me había olvidado por completo.

Y fue y lo cogió. La bruja lo subió, y volvió a encontrarse en el camino con los bolsillos, las botas, la mochila y el morrión repletos de monedas.

—¿Para qué quieres el encendedor de yesca? —preguntó el soldado.

—¡A ti no te importa! —dijo la bruja—. ¡Tú ya tienes tu dinero! ¡Dame el encendedor!

—Ta-ta —dijo el soldado—. Me vas a decir en seguida para qué lo quieres, o saco mi sable y te corto la cabeza.

—No —dijo la bruja.

Así que el soldado le cortó la cabeza. ¡Y allí quedó la bruja! Y él hizo un hato con el delantal y metió allí todas las monedas, se echó el hato a la espalda, se metió el encendedor de yesca en el bolsillo y se fue derechito al pueblo.

Era un pueblo precioso, y se alojó en la mejor posada, pidió la mejor habitación y los más ricos manjares, pues ahora era rico, con tanto dinero como tenía.

El criado que le cepillaba las botas pensó, y muy bien pensado, que eran unas botas curiosamente viejas para un señor tan rico; pero es que aún no se había comprado otras nuevas. Al día siguiente se compró unas botas y trajes preciosos. Ahora, el soldado se había convertido en todo un señor distinguido, y le contaron todas las cosas buenas que había en el pueblo, y le hablaron del rey, y de lo bella que era su hija la princesa.

—¿Cómo se la puede ir a ver? —preguntó el soldado.

—¡No hay forma de verla! —dijeron todos a una—. Vive en un gran palacio de cobre, con grandes muros y torreones. Solo el rey se atreve a entrar y salir de sus aposentos, porque se ha profetizado que ella se casará con un simple soldado, y al rey eso no le gusta nada de nada.

«¡Ojalá pudiera verla!», pensó el soldado.

Pero no conseguiría nunca que lo autorizaran.

De modo que vivió contento y feliz, iba al teatro, paseaba en carroza por el jardín del rey y regalaba tanto dinero a los pobres que daba gusto. Se acordaba de los tiempos que tuvo que pasar, de lo malo que era no tener ni un céntimo. Ahora era rico, tenía hermosas ropas y tantos amigos que todo el mundo decía que era un hombre extraordinario, un auténtico caballero, ¡y vaya si le gustaba aquello al soldado! Pero como gastaba di-

nero todos los días y no recuperaba absolutamente nada, al final se quedó con solo dos monedas y tuvo que dejar la preciosa habitación en que había estado viviendo, y se mudó a un cuartucho diminuto justo debajo del tejado; él mismo se cepillaba las botas y las remendaba con una aguja de zurcir, y ninguno de sus amigos venía a visitarlo, porque había que subir muchos escalones.

Era una noche muy oscura y ni siquiera podía comprarse una vela, pero entonces recordó que había un pequeño cabo de vela en la caja del encendedor de yesca que había cogido en el árbol hueco al que la vieja bruja lo había ayudado a bajar. Sacó la cajita y el cabo de vela, pero en el mismo momento en que golpeó para hacer fuego y saltaron chispas de la yesca, la puerta se abrió de repente y apareció el perro que tenía los ojos tan grandes como tazas de té, el que había visto dentro del árbol; y el perro le dijo:

—¿Qué ordena mi amo?

—¡Pero qué es esto! —dijo el soldado—. Pues vaya cajita de yesca tan rara si me da todo lo que yo quiera. ¡Dame dinero! —le dijo al perro. Y, ¡zas!, se marchó. Y, ¡zas!, allí estaba otra vez con un gran saco de monedas de cobre colgando de la boca.

Ahora sabía el soldado lo estupenda que era la cajita de yesca. Si golpeaba una vez, venía el perro que estaba encima del arcón de las monedas de cobre; si golpeaba dos veces, venía el que tenía las monedas de plata, y, si golpeaba tres veces, venía el que tenía el oro. De modo que el soldado volvió a mudarse a su preciosa habitación de antes, se puso ropa buena y todos sus amigos volvieron a acordarse de él, pues lo apreciaban mucho.

Así que un día pensó: «¡Pues qué raro eso de no poder ver a la princesa! Según dicen todos, es muy bonita. Pero qué le vamos a hacer, siempre está metida en su gran palacio de cobre con torreones. ¿Es que no habrá forma de verla? ¿Dónde está mi encendedor de yesca?». E hizo saltar una chispa y, ¡zas!, apareció el perro de los ojos grandes como tazas de té.

—Ahora es noche cerrada —dijo el soldado—, pero me encantaría ver a la princesa, un momento tan solo.

El perro salió al instante por la puerta y, antes de que el soldado pudiera darse cuenta, lo vio volver con la princesa; la traía a horcajadas sobre su lomo, y era tan bonita que se notaba que era una princesa de verdad. El soldado no pudo evitarlo y la besó, porque también era un soldado de verdad.

El perro volvió a llevarse a la princesa, pero por la mañana, cuando el rey y la reina estaban tomando el té, la princesa dijo que esa noche había tenido un sueño, sobre un perro y un soldado. Había cabalgado sobre el perro, y el soldado la había besado.

—Es una historia de lo más bonita —dijo la reina.

Así que una de las viejas damas de la corte se quedaría a velar a los pies de la cama de la princesa la noche siguiente, para ver si era de verdad un sueño o qué otra cosa podía ser.

El soldado tenía un deseo tan terrible de volver a ver a la hermosa princesa, que hizo volver al perro esa noche, y el perro la cogió y corrió todo lo que pudo, pero la vieja dama se puso unas botas de agua y lo persiguió, corriendo tan deprisa como él. Cuando vio que entraban en una casa grande, pensó: «Ahora ya sé dónde es». Y con un trozo de tiza dibujó una gran cruz en la puerta. Y se volvió a casa y se acostó; el perro también regresó con la princesa, pero, al ver una cruz dibujada en la puerta de la casa del soldado, cogió otro trozo de tiza y dibujó cruces en las puertas de toda la ciudad, e hizo muy bien, porque así la dama de la corte ya no podría encontrar la puerta, pues todas tenían cruces.

Y por la mañana temprano llegaron el rey y la reina, la vieja dama de la corte y todos los señores de la corte, y fueron a ver el sitio donde había ido la princesa.

—¡Esa es! —dijo el rey al ver la primera puerta con una cruz dibujada.

—¡No, es esa, dulce esposo! —dijo la reina, que vio otra puerta con una cruz.

—Pero si hay una allí y otra allá —decían todos. Dondequiera que mirasen había cruces en las puertas. Así que acabaron por darse cuenta de que aquello no les serviría para nada.

Pero la reina era una mujer muy lista, que sabía hacer muchas cosas, además de viajar en carroza; cogió su gran daga de oro, cortó un trozo de tela de seda en pedacitos y los cosió formando una bolsita; la llenó de pequeños y finos granos de alforfón y se lo ató a la princesa a la espalda; luego hizo un agujero en la bolsa, para que los granos se fueran esparciendo por todo el camino que recorriera la princesa.

Y esa noche volvió el perro, se echó a la princesa a la espalda y corrió con ella a casa del soldado, que la quería mucho y que habría deseado ser un príncipe para poder casarse con ella.

Pero el perro no se dio cuenta de que los granos iban quedando esparcidos en el camino desde el castillo hasta la ventana del soldado y el muro por el que trepó llevando a la princesa. Y por la mañana el rey y la reina pudieron ver dónde había ido su hija, y cogieron al soldado y lo metieron en la cárcel.

Y allí estaba ahora. ¡Oh, qué oscura era y qué frío hacía! Y le dijeron:

—Mañana te ahorcaremos

No era muy agradable de oír, y la cajita de yesca se le había olvidado en la posada. Por la mañana pudo ver entre los barrotes del ventanuco a la gente que se dirigía al pueblo para ver cómo lo ahorcaban. Oyó los tambores y vio a los soldados marchando. Todos se alejaron de él. Había también un aprendiz de zapatero con mandil de cuero y zapatillas; galopaba de tal modo, que una de las zapatillas se le salió y fue a parar al lado de la pared donde estaba el soldado mirando por entre los barrotes.

—¡Eh, tú, aprendiz de zapatero! ¡No tengas tanta prisa! —le dijo el soldado—. Hasta que llegue yo no habrá nada que ver. Pero, si vas corriendo

a donde vivía y me traes el encendedor de yesca que hay allí, te daré unas monedas; pero tendrás que correr todo lo que puedas.

El aprendiz de zapatero tenía ganas de ganarse aquellas monedas, y corrió a escape en busca de la cajita de yesca, se la entregó al soldado y… ¡ahora sí que viene lo bueno!

Fuera de la ciudad habían construido un gran patíbulo, que estaba rodeado de soldados y muchos cientos de miles de personas. El rey y la reina estaban sentados en sus preciosos tronos justo encima del juez y todo el consejo.

El soldado estaba ya en lo alto de la escalera, pero, cuando le iban a poner la cuerda alrededor del cuello, dijo que siempre se permitía a los condenados satisfacer un deseo sencillo antes de que se cumpliera la sentencia. Él tenía muchas ganas de fumarse una pipa; sería la última pipa que podría fumarse en este mundo.

El rey no quiso decir que no, así que el soldado cogió su cajita de yesca e hizo saltar chispas, ¡una, dos, tres!, y allí aparecieron todos los perros, el de ojos grandes como tazas de té, el de ojos como ruedas de molino y el de ojos como la torre redonda de Copenhague.

—¡Ayudadme para que no me ahorquen! —dijo el soldado.

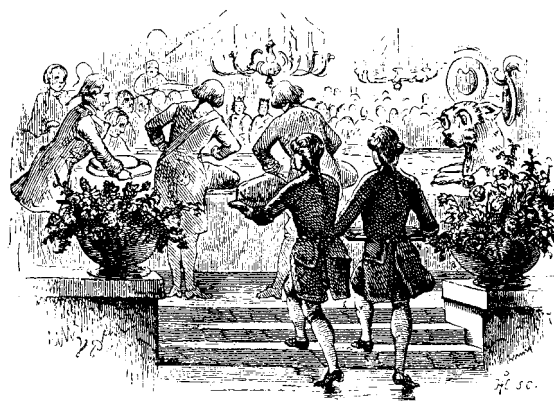
Y allá fueron los perros, atacaron al juez y a todo el consejo, agarraban a uno por las piernas y a otro por la nariz, y los lanzaban a tantos codos de altura que al caer se hacían pedazos.

—¡A mí no! —dijo el rey.

Pero el perro más grande los cogió a él y a la reina y los tiró como a los demás; los soldados se asustaron y toda la gente gritó:

—¡Soldadito, tú serás nuestro rey y te casarás con la hermosa princesa!

Así que el soldado se sentó en la carroza del rey, y los tres perros iban delante bailando y gritando «¡Hurra!», y los mozalbetes daban silbidos metiéndose los dedos en la boca, y los soldados presentaban armas. La princesa salió del palacio de cobre y se convirtió en reina, ¡y vaya sí le gustó! Los esponsales duraron ocho días, y los perros se sentaron también a la mesa poniendo unos ojos como platos.



CLAUS GRANDE Y CLAUS CHICO

HABÍA EN UN PUEBLO DOS HOMBRES que se llamaban igual, los dos se llamaban Claus; pero uno tenía cuatro caballos y el otro solo un caballo. Para poder distinguirlos, llamaban al que tenía cuatro caballos Claus grande, y al que solo tenía un caballo lo llamaban Claus chico. ¡Ahora veremos lo que les sucedió, porque es una historia estupenda!

Durante la semana, Claus chico tenía que arar el campo de Claus grande y prestarle su único caballo; luego, Claus grande lo ayudaba a su vez con los cuatro suyos, pero solo una vez a la semana, el domingo. ¡Caramba, qué bien restallaba el látigo Claus chico con los cinco caballos, que eran suyos aquel día! El sol brillaba precioso, y todas las campanas de la iglesia llamaban a misa; la gente iba de lo más acicalada, con el misal bajo el brazo, para oír el sermón del cura. Veían a Claus chico que seguía arando con los caballos, tan contento que no hacía más que restallar el látigo y gritar:

—¡Arre, todos mis caballos!

—¡No puedes decir eso! —dijo Claus grande—. Solo es tuyo un caballo.

Pero en cuanto pasaba alguien camino de la iglesia, Claus chico se olvidaba de que no podía decir aquello, y volvía a gritar:

—¡Arre, todos mis caballos!

—¡Por favor, no vuelvas a decir eso! O le daré tal golpe a tu caballo que se quedará muerto en el sitio y entonces te quedarás sin caballo.

—¡De veras que no lo diré más! —dijo Claus chico.

Pero en cuanto volvió a pasar gente y le dieron los buenos días, se puso tan contento pensando lo bien que quedaría si tuviera cinco caballos para arar su campo, que restalló el látigo y gritó:

—¡Arre, todos mis caballos!

—¡Yo sí que te voy a arrear los caballos! —dijo Claus grande.

Y, cogiendo el machete, le dio al único caballo de Claus chico tal golpe en la cabeza que cayó al suelo muerto.

—¡Ay, que ya no tengo ningún caballo! —dijo Claus chico, y se echó a llorar. Luego desolló el caballo, cogió la piel y la puso al aire a secar, la metió en un saco que se echó a la espalda, y se marchó al pueblo para vender la piel.

Tenía que hacer un largo camino: había que atravesar un gran bosque tenebroso y se desató una tormenta espantosa. Se perdió completamente, y antes de que volviera a encontrar el camino llegó el atardecer, y la distancia hasta el pueblo, o la que tendría que recorrer para volver a su casa, era demasiado grande y no podría llegar antes de que cayera la noche.

Junto al camino había una alquería muy grande, las ventanas tenían los postigos echados, pero algo de luz se filtraba por ellos. «Quizá me dejen pasar la noche allí», pensó Claus chico, y fue a llamar a la puerta. Abrió la puerta la granjera, pero, al oír lo que quería, le dijo que siguiera su camino; su marido no estaba en casa y ella no daba albergue a desconocidos.

—Bueno, pues me acostaré ahí fuera —dijo Claus chico, y la campesina le cerró la puerta.

Allí cerca había una cuadra grande, y entre esta y la casa había un cobertizo con tejado plano de paja.

—Me tumbaré ahí arriba —dijo Claus chico al ver el tejadillo—. Será una cama estupenda, y vendrá la cigüeña y me invitará a comer huesos.

Decía aquello porque encima del tejadillo había una cigüeña, que tenía allí su nido. Así que Claus chico trepó al tejado, donde se tumbó y dio vueltas hasta encontrar una buena postura. Los postigos de madera de las ventanas no cerraban del todo bien, y pudo ver el interior de la habitación. Había una mesa puesta con vino y asado y un pescado estupendo; la campesina y el sacristán estaban sentados a la mesa, y no había nadie más, y ella le servía vino y él trinchaba el pescado, que le gustaba muchísimo.

—¡Quién pudiera comer algo de todo eso! —dijo Claus chico, alargando la cabeza hacia la ventana. ¡Dios mío, qué pastel tan estupendo se podía ver allí dentro! ¡Menudo banquete!

Oyó entonces que llegaba alguien a caballo hacia la casa: era el marido de la campesina, que volvía a casa. Era un hombre muy bueno, pero tenía una enfermedad muy rara, y es que no soportaba la vista de un sacristán: cuando echaba el ojo a un sacristán, se ponía furioso. Por eso, el sacristán había ido a saludar a la mujer cuando sabía que el marido no estaba en la casa, y la buena mujer había sacado la mejor comida que tenía. Y cuando oyeron al marido se asustaron muchísimo, y la mujer le dijo al sacristán que se escondiera en un gran arcón vacío que había en un rincón, y él así lo hizo, pues sabía que el pobre marido no soportaba a los sa-

cristanes. La mujer escondió a todo correr la comida y el vino dentro del horno de pan, porque si el marido la encontraba preguntaría seguramente qué quería decir todo aquello.

—¡Vaya! —suspiró Claus chico en lo alto del cobertizo cuando vio desaparecer la comida.

—¿Hay alguien ahí arriba? —preguntó el campesino, y descubrió a Claus chico—. ¿Por qué estás acostado ahí? Ven adentro.

Así que Claus chico le contó que se había perdido y le pidió que le dejara pasar la noche allí.

—¡Pues claro que sí! —dijo el campesino—. Pero primero tenemos que comer algo.

La mujer los recibió a los dos con mucha amabilidad, puso una mesa larga y les dio una gran fuente de gachas. El campesino estaba hambriento y comía con buen apetito, pero Claus chico no podía dejar de pensar en el estupendo asado, el pescado y el pastel que sabía que estaban en el horno.

Había dejado el saco con la piel del caballo debajo de la mesa, a sus pies, pues, como ya sabemos, había salido de su casa para venderla en el pueblo. No tenía ganas de gachas, así que dio un pisotón en el saco, y la piel seca que había dentro soltó un fuerte chasquido.

—¡Chist! —le dijo Claus chico al saco.

Pero al mismo tiempo le dio otro pisotón, y el chasquido fue aún más fuerte que el primero.

—¡Anda! ¿Qué llevas en el saco? —preguntó el campesino.

—¡Oh, es un brujo! —dijo Claus chico—. Está diciendo que no tenemos por qué comer gachas, pues con un hechizo suyo ha llenado el horno de asado, pescado y pastel.

—¡Pues vaya! —dijo el campesino.

Y abrió en seguida el horno, donde vio toda la estupenda comida que había preparado su mujer, pero que él creía obra del brujo del saco, que la había preparado con un hechizo suyo. La mujer no se atrevió a decir nada, sino que puso la comida sobre la mesa, y los dos pudieron comer pescado y asado y pastel. Claus chico volvió a pisar el saco y soltó un chasquido.

—¿Qué ha dicho ahora? —preguntó el campesino.

—Dice —respondió Claus chico— que con otro hechizo ha traído tres botellas de vino para nosotros, y están también en el horno.

La mujer tuvo que sacar el vino que había escondido, y el campesino bebió y se puso de muy buen humor. A él también le habría encantado contar con un brujo como el que llevaba Claus chico en el saco.

—¿También puede hacer que aparezca el demonio? —preguntó el campesino—. Me gustaría verlo, porque estoy de buen humor.

—Sí —dijo Claus chico—. Mi brujo puede hacer todo lo que yo le mande. ¿No es verdad? ¡Eh, tú! —preguntó, pisando la bolsa para que so-

nara—. ¿Oyes? Dice que sí. Pero el demonio es muy feo, no vale la pena verlo.

—Bah, no tengo ningún miedo. ¿Qué pinta tiene?

—Bueno, si se dejara ver, parecería un sacristán.

—¡Puf! —dijo el campesino—. ¡Qué feo! Habéis de saber que no soporto a los sacristanes. Pero da igual; como sé que es el demonio, lo aguantaré mejor. ¡Qué valiente soy! Pero que no se me acerque demasiado.

—Preguntaré a mi brujo —dijo Claus chico.

Pisó el saco y alargó las orejas.

—¿Qué dice?

—Dice que abráis el arcón que está en aquel rincón y veréis al demonio escondido allí dentro, pero tenéis que sujetar la tapa para evitar que se escape.

—¿Queréis ayudarme a sujetarla? —dijo el campesino, yendo hacia el arcón donde la mujer había escondido al auténtico sacristán, que estaba de lo más asustado.

El campesino levantó la tapa y miró dentro del arcón.

—¡Huy! —gritó dando un salto atrás—. Lo he visto, es igualito que un sacristán. ¡Es horrible!

Aquello había que mojarlo, así que siguieron bebiendo hasta bien entrada la noche.

—Tienes que venderme a ese brujo —dijo el campesino—, pídeme lo que quieras. Te daré un celemín entero de monedas.

—No, imposible —dijo Claus chico—. Piensa en todo el provecho que puedo conseguir con semejante brujo.

—Me gustaría tanto tenerlo —dijo el campesino, y siguió rogando.

—Bueno —dijo por fin Claus chico—, como has sido muy bueno dándome albergue esta noche, no pasa nada porque te lo venda. Te daré al brujo a cambio de un celemín de monedas, pero el celemín tiene que estar lleno hasta arriba.

—Lo tendrás —dijo el campesino—, pero el arcón puedes llevártelo, no quiero que siga una hora más en mi casa, aunque no sé si el demonio seguirá ahí dentro.

Claus chico le dio al campesino su saco con la piel seca, y a cambio recibió un celemín entero lleno de monedas. El campesino le regaló además un carretón para que llevara el dinero y el arcón.

—¡Adiós! —dijo Claus chico, y se marchó con el dinero y el gran arcón donde seguía metido el sacristán.

Al otro lado del bosque había un río ancho y profundo, y el agua corría tan deprisa que era imposible cruzar la corriente a nado. Había un puente nuevo; Claus chico se detuvo en medio del puente y dijo en voz alta, para que pudiera oírlo el sacristán, que estaba metido en el arcón:

—Bueno, ¿pero qué voy a hacer yo con este inútil arcón? Pesa tanto como si estuviera lleno de piedras. Si sigo empujándolo me cansaré mu-

cho, así que voy a tirar el arcón al río, y si llega hasta mi casa flotando será que es bueno, y si no, pues me da igual.

Así que cogió el arcón con una mano y lo levantó un poco, como si fuera a arrojarlo al agua.

—¡No, espera! —gritó el sacristán desde dentro del arcón—. ¡Déjame salir!

—¡Anda! —dijo Claus chico, fingiendo que se había asustado—. ¡Pero si sigue ahí dentro! Lo mejor será tirarlo al río para que se ahogue.

—¡Oh, no, no! —gritó el sacristán—. ¡Te daré un celemín entero lleno de monedas si me dejas en paz!

—Bueno, eso es distinto —dijo Claus chico, abriendo el arcón.

El sacristán salió en seguida a cuatro patas y tiró al agua el arcón vacío, y fue luego a su casa, y le dio a Claus chico un celemín entero de monedas. Tenía ya uno que le había dado el campesino, y ahora otro celemín más lleno de monedas.

—Vaya, me han pagado muy bien el caballo —se dijo a sí mismo al volver a su casa, y puso todas las monedas en el suelo formando un gran montón—. Claus grande se enfadará mucho cuando vea lo rico que me he vuelto con mi único caballo. Pero no voy a ir corriendo a decírselo.

De modo que mandó a un muchacho a casa de Claus grande para pedirle prestada una medida de celemín.

«¿Para qué la querrá?», pensó Claus grande, y untó pez en el fondo para que se quedara allí pegado algo de lo que midiera; y así sucedió, pues cuando le devolvieron el celemín había allí pegadas tres monedas nuevas de plata de a ocho chelines.

—¿Pero qué es esto? —dijo Claus grande, y se fue corriendo a casa del chico—. ¿De dónde has sacado tanto dinero?

—Bueno, es que anoche vendí la piel de mi caballo.

—Pues sí que te pagaron bien —dijo Claus grande.

Y se fue corriendo a casa, cogió un hacha y golpeó a sus cuatro caballos en la frente, les quitó la piel y se las llevó a la ciudad.

—¡Pieles, pieles! ¿Quién compra pieles? —iba gritando por las calles.

Los zapateros y los curtidores llegaron corriendo y preguntaron cuánto quería por ellas.

—Un celemín de monedas por cada una —dijo Claus grande.

—¿Estás loco? —dijeron todos—. ¿Te crees que medimos el dinero por celemines?

—¡Pieles, pieles! ¿Quién compra pieles? —volvió a gritar.

Pero a todos los que preguntaban cuánto costaban las pieles, les respondía:

—Un celemín de monedas.

—Nos está tomando el pelo —dijeron todos, y los zapateros cogieron sus cordones y los curtidores sus mandiles de cuero y empezaron a zurrar a Claus grande.

—¡Pieles, pieles! —gritaban imitándolo—. ¡A ti sí que vamos a levantarte la piel! ¡Fuera de la ciudad! —gritaron, y Claus grande tuvo que echar a correr a toda velocidad después de la paliza que le habían dado.

—¡Pues vaya! —dijo cuando volvió a su casa—. ¡Claus chico me las pagará, lo voy a matar por lo que me ha hecho!

Pero en casa de Claus chico había muerto su anciana abuela. En realidad se había portado mal con él y tenía muy mal genio, pero él estaba muy triste y cogió a la muerta y la puso en su propia cama calentita, por si acaso revivía; la dejaría allí toda la noche, y él se sentó en un rincón en una silla y se durmió, pues ya había dormido allí alguna que otra vez.

Aquella noche se abrió la puerta y Claus grande entró con su hacha; sabía perfectamente dónde estaba la cama de Claus chico, así que fue hacia ella y le dio un hachazo en la frente a la difunta abuela, pues creía que era Claus chico.

—¡Toma! —dijo—. ¡Así no volverás a tomarme el pelo! —y se volvió a su casa.

—¡Mira que es malo y perverso! —dijo Claus chico—. ¡Quería matarme! Pero por suerte para la anciana abuelita, ella ya estaba muerta; si no, la habría asesinado.

Así que le puso a la anciana abuela las ropas de domingo, pidió prestado un caballo a su vecino, lo enganchó al carro, puso a la anciana abuela en el asiento de atrás para que no se cayera por el camino, y echaron a andar por el bosque; cuando el sol estaba alto, habían llegado a una gran posada. Claus chico se detuvo y entró a buscar algo para comer.

El posadero tenía muchísimo dinero y además era buena persona, aunque muy irascible, como si por dentro no tuviera más que pimienta y tabaco.

—¡Buenos días! —le dijo a Claus chico—. ¡Es un poco pronto para vestirse de domingo!

—Sí —dijo Claus chico—. Voy a la ciudad con mi anciana abuela; está ahí fuera sentada en el carro, y no consigo que entre. ¿Querríais llevarle un vaso de aguamiel? Pero tendréis que hablarle bien fuerte, porque no oye muy bien.

—Pues claro que sí —dijo el posadero.

Y llenó de aguamiel un vaso grande y se lo llevó a la anciana abuela, que estaba puesta encima del carro.

—Aquí tenéis un vaso de aguamiel que os manda vuestro hijo —dijo el posadero, pero la muerta no dijo una sola palabra, siguió allí calladita.

—¿Es que no me oís? —gritó el posadero tan fuerte como pudo—. ¡Que aquí tenéis un vaso de aguamiel que os manda vuestro hijo!

Volvió a gritar lo mismo una vez más, y otra, pero como ella no se movía del sitio se enfadó y le tiró el vaso a la cara; el aguamiel le corrió por la nariz, y ella cayó de espaldas en el carro, porque no estaba atada.

—¡Anda! —gritó.

Claus chico salió corriendo y agarró al posadero por el pecho.

—¡Has matado a mi abuela! ¡Mira qué agujero le has hecho en la frente!

—¡Oh, solo ha sido un accidente! —gritó el posadero juntando las manos—. Es culpa de mi irascibilidad. Claus chico, bonito, te daré un celemín entero lleno de monedas y enterraré a tu abuela como si fuera la mía, pero no digas nada, porque, si no, me cortarían la cabeza, y eso sería horrible.

Así que Claus chico se hizo con un celemín entero de monedas, y el posadero enterró a la anciana abuela como si fuera la suya.

Cuando Claus chico volvió a casa con todas aquellas monedas, mandó en seguida a su criado a casa de Claus grande para pedirle prestada una medida de celemín.

—¿Cómo es posible? —dijo Claus grande—. ¡Pero si lo he matado! ¡Eso tengo que verlo!

Y fue él a llevar el celemín a casa de Claus chico.

—¡Anda! ¿De dónde has sacado todas esas monedas? —preguntó, y puso unos ojos como platos al ver todo lo que había allí.

—Fue a mi abuela a quien mataste, y no a mí —dijo Claus chico—. La he vendido y me han dado un celemín de monedas.

—¡Pues sí que te pagaron bien! —dijo Claus grande, y se fue corriendo a su casa, cogió un hacha y mató inmediatamente a su anciana abuela, la puso encima del carro, se fue a la ciudad, a casa del boticario, y le preguntó si quería comprar un muerto.

—¿Quién es y de dónde lo habéis sacado? —preguntó el boticario.

—Es mi abuela —dijo Claus grande—. La he matado para conseguir un celemín de monedas.

—¡Dios nos valga! —dijo el boticario—. ¡Os traicionáis con esas palabras! No digáis tales cosas, porque podríais perder la cabeza.

Y le explicó muy clarito la cosa tan espantosa que había hecho, y lo malo que era, y que merecía un castigo. Claus grande se asustó tanto que subió al carro a toda prisa, fustigó a los caballos y se fue a casa, y el boticario y todos pensaron que estaba loco y lo dejaron irse.

—¡Esta me la pagarás! —dijo Claus grande cuando iba de camino—. ¡Ya verás cómo me la pagas! —y en cuanto llegó a su casa cogió el saco más grande que pudo encontrar, fue a casa de Claus chico y dijo—: ¡Me has vuelto a engañar! ¡Primero maté a mis caballos, después a mi anciana abuela! ¡Todo por tu culpa, pero ya no volverás a engañarme más! —y, cogiendo a Claus chico por la cintura, lo metió en el saco, se lo echó a la espalda y gritó—: ¡Te voy a ahogar!

Había que caminar un buen trecho para llegar al río, y Claus chico no era demasiado ligero. El camino pasaba junto a la iglesia, el órgano estaba tocando y dentro había gente vestida muy elegante, así que Claus grande dejó el saco con Claus chico junto a la puerta de la iglesia, pensando que no vendría mal entrar primero a oír salmos, antes de seguir. Claus chico no podía escaparse y todo el mundo estaba dentro de la iglesia, así que él entró también.

—¡Ay de mí! ¡Ay de mí! —gemía Claus chico dentro del saco.

Daba vueltas y más vueltas retorciéndose, pero no conseguía soltar el nudo. En estas llegó un viejo vaquero con el pelo blanco como la leche y un gran cayado en la mano. Conducía todo un rebaño de vacas y toros, y pasaron al lado del saco donde estaba retorciéndose Claus chico.

—¡Ay de mí! —gemía Claus chico—. ¡Soy tan joven y ya tengo que ir al cielo!

—¡Pues pobre de mí! —dijo el vaquero—. ¡Soy tan viejo y todavía no puedo ir allí!

—¡Abre el saco! —gritó Claus chico—. ¡Métete dentro en mi lugar y podrás llegar en seguida al cielo!

—¡Sí, tengo tantísimas ganas de ir! —dijo el vaquero, abrió y Claus chico salió dando un salto.

—¿Te encargarás tú del ganado? —dijo el viejo, metiéndose en el saco.

Claus chico lo ató y siguió su camino con las vacas y los toros.

Poco después, Claus grande salió de la iglesia, se echó otra vez el saco a la espalda y pensó que ahora era muy ligero, y es que el viejo vaquero no pesaba ni la mitad que Claus chico. «¡Qué ligero se ha vuelto! Debe ser porque he estado oyendo los salmos». Y se fue al río, que era ancho y profundo, lanzó al agua el saco con el viejo vaquero dentro y le gritó, pensando que era Claus chico:

—¡Toma esta! ¡Ya no volverás a tomarme el pelo!

Y se marchó hacia su casa; pero, al llegar al cruce de caminos, se encontró a Claus chico, que iba caminando con todo el ganado.

—¡Pero qué es esto! —dijo Claus grande—. ¡Pero si te he ahogado!

—Sí —dijo Claus chico—. ¡Me arrojaste al río hace apenas media hora!

—¿Y de dónde has sacado ese ganado tan estupendo? —preguntó Claus grande.

—¡Es ganado marino! —dijo Claus chico—. Te contaré toda la historia, y tengo que darte las gracias por ahogarme, pues ahora ya he salido otra vez y soy de lo más rico. Cuando estaba metido en el saco estaba muy asustado, el viento me silbó en los oídos cuando me arrojaste al agua fría desde el puente. Me hundí en seguida hasta el fondo, pero no me di ningún golpe, porque allí crece una hierba muy suave. Caí y el saco se abrió, y apareció una doncella bellísima con un vestido blanquísimo y una corona verde sobre el cabello mojado, me tomó de la mano y me dijo: «¿Eres tú, Claus chico? ¡Aquí tienes tu primer ganado! Una milla más allá en el camino hay una manada entera que quiero regalarte». Vi entonces que el río era una gran carretera de las gentes del mar. Por el fondo iban y venían a pie y en carro del mar hasta bien dentro de la tierra, donde acaba el río. Todo era precioso, lleno de flores, y una hierba fresquísima, y los peces que nadaban por el agua se deslizaban junto a mis orejas, como los pájaros por el aire. ¡Qué gente más hermosa y qué ganado más espléndido el que iba por allí!

—¿Pero por qué volviste entre nosotros? —preguntó Claus grande—. Yo no lo habría hecho, si es verdad que todo es tan bonito allá abajo.

—Bueno —dijo Claus chico—, listo que es uno. Ya oíste lo que te conté: la muchacha del mar me dijo que una milla más allá por el camino (y camino quiere decir río, porque no hay otro sitio) hay un rebaño de ganado aún más grande esperándome. Pero, como conozco las revueltas

que da el río, para acá, para allá, es un rodeo enorme, y pensé que mejor ir atajando, subir a la tierra y marchar atravesando el río, así me ahorro casi media milla y podré encontrar antes mi ganado marino.

—¡Oh, mira que eres afortunado! —dijo Claus grande—. ¿Crees que también a mí me regalarían ganado marino si bajo al fondo del río?

—¡Estoy seguro! —dijo Claus chico—. Pero yo no puedo llevarte al río metido en un saco, pesas demasiado para mí. Pero, si te metes tú mismo en el saco, yo te tiraré con el mayor de los placeres.

—¡Muchas gracias! —dijo Claus grande—. Pero, si cuando baje no me dan ganado marino, te daré una paliza que te vas a acordar.

—¡Hombre, no seas tan malo!

Y fueron al río. El ganado, que estaba sediento, vio el agua y echó a correr a toda velocidad para beber.

—¡Mira cómo corren! —dijo Claus chico—. ¡Quieren volver a ver el fondo!

—¡Ayúdame a mí primero! —dijo Claus grande—. Si no, te daré una paliza.

Así que se metió en el saco grande que había sobre el lomo de uno de los toros.

—Mete una piedra, que tengo miedo de no hundirme —dijo Claus grande.

—¡No te preocupes! —dijo Claus chico, pero colocó una gran piedra dentro del saco, ató bien fuerte la correa y lo empujó: ¡plop!, allá fue Claus grande al río y en seguida se hundió hasta el fondo.

—Me temo que no va a encontrar el ganado —dijo Claus chico y se llevó a casa el suyo.

LA PRINCESA Y EL GUISANTE

HABÍA UNA VEZ UN PRÍNCIPE que quería casarse con una princesa, pero tendría que ser una princesa de verdad. Así que viajó por todo el mundo para encontrar alguna. Pero siempre había algún problema: princesas había de sobra, pero que fueran princesas de verdad no estaba del todo claro; siempre había algo que no estaba del todo bien. Así que volvió a su casa preocupado, porque tenía muchas ganas de encontrar una auténtica princesa.

Una noche, hacía un tiempo espantoso. Había relámpagos y truenos, y llovía a cántaros. ¡Era horrible! Llamaron a la puerta, y el viejo rey fue a abrir.

Allí fuera había una princesa. ¡Pero, Dios mío, qué aspecto tenía, con aquella lluvia y aquella tormenta! El agua le escurría por el pelo y la ropa, le caía desde la nariz a las punteras de los zapatos y salía por los talones. Y dijo que era una princesa de verdad.

«Bueno, ahora veremos», pensó la anciana reina, pero no dijo nada.

Entró en el dormitorio, quitó toda la ropa de la cama y puso un guisante sobre el somier de tablas; luego cogió veinte colchones, los puso encima del guisante, y luego veinte edredones de plumas encima de los colchones.

Allí dormiría aquella noche la princesa.

Por la mañana le preguntaron qué tal había dormido.

—¡Oh, terriblemente mal! —dijo la princesa—. Casi no he podido pegar ojo en toda la noche. Dios sabe lo que habría en esa cama. Debajo había algo duro y tengo todo el cuerpo lleno de moratones. ¡Es horrible!

Así pudieron comprobar que era una princesa de verdad, pues había notado el guisante a pesar de los veinte colchones y los veinte edredones. No podía haber nadie tan sensible, a no ser una auténtica princesa.

El príncipe se casó con ella, porque ahora sabía que había encontrado una princesa de verdad, y el guisante acabó en el museo, y allí sigue para que lo vean, si no se lo ha llevado nadie.

¡Menudo cuento!

LAS FLORES DE LA PEQUEÑA IDA

—¡MIS POBRES FLORES ESTÁN MUERTAS! —dijo la pequeña Ida—. Estaban tan bonitas anoche, y ahora todos los pétalos están marchitos. ¿Por qué? —preguntó al estudiante, que estaba sentado en el sofá.

Le tenía mucho cariño, porque sabía cuentos preciosos y recortaba figuras muy divertidas: corazones con pequeñas damiselas dentro, bailando; flores y grandes castillos cuyas puertas podían abrirse. ¡Era un estudiante muy listo[1]!

—¿Por qué se han puesto malas las flores hoy? —volvió a preguntar la niña, dándole un ramo que estaba todo marchito.

—¿Sabes lo que les pasa? —dijo el estudiante—. Las flores han estado esta noche en el baile, y por eso se les cae la cabeza de sueño.

—¡Pero si las flores no saben bailar! —dijo la pequeña Ida.

—¡Pues claro que saben! —dijo el estudiante—. Cuando oscurece y nosotros estamos durmiendo, ellas bailan alegremente. ¡Tienen baile casi todas las noches!

—¿Los niños no pueden ir al baile?

—Claro que pueden —dijo el estudiante—. Son las pequeñas margaritas y los lirios del valle.

—¿Dónde bailan las flores más hermosas? —preguntó la pequeña Ida.

—¿Nunca te has acercado a la puerta del gran palacio donde vive el rey en verano, donde hay un precioso parque con muchas flores? Habrás

visto los cisnes que se te acercan nadando si les das migas de pan. ¡Pues allí mismo es el baile, de verdad!

—Ayer fui al parque con mi madre —dijo la niña—, pero a los árboles se les habían caído las hojas y ya no se veían flores. ¿Dónde están? ¡En verano había muchas!

—¡Están en el palacio! —dijo el estudiante—. Sabrás que tan pronto como el rey y toda la corte se trasladan a la ciudad, las flores se escapan corriendo del parque y se meten en el palacio, donde se lo pasan muy bien. ¡Tendrías que verlo! Las dos rosas más bellas se sientan en el trono y hacen de rey y de reina. Las crestas rojas se ponen a los lados y hacen reverencias: son los gentileshombres de cámara. Luego vienen las otras flores bonitas, y se celebra un gran baile. Las violetas hacen de guardiamarinas y bailan con los jacintos y los azafranes, que hacen de señoritas. Los tulipanes y los grandes lirios amarillos son las viejas damas, que vigilan que todo el mundo baile bien y todo salga estupendamente.

—Pero —preguntó la pequeña Ida—, ¿no hay nadie que castigue a las flores por bailar en el palacio del rey?

—¡Nadie lo sabe! —dijo el estudiante—. Algunas veces, por la noche, llega el anciano guardián del palacio, el que lo cuida; tiene un gran manojo de llaves, pero, en cuanto las flores oyen el tintineo de las llaves, se quedan en completo silencio y se esconden detrás de las largas cortinas, asomando solo la cabeza. «Huelo que hay alguien aquí», dice el viejo guardián, pero no puede verlas.

—¡Qué divertido! —dijo la pequeña Ida aplaudiendo—. ¿Y yo tampoco puedo verlas?

—¡Claro que puedes! —dijo el estudiante—. Solo tienes que recordar, cuando vuelvas a ir allí, que debes mirar por la ventana, y entonces podrás verlas. Eso es lo que hice yo hoy: en el sofá había un largo narciso amarillo, de lo más tieso, imaginándose que era una de las damas de la corte.

—¿También pueden ir las flores del jardín botánico? ¿Pueden recorrer ese camino tan largo?

—Sí, desde luego —dijo el estudiante—, porque pueden volar si quieren. ¿No has visto nunca las preciosas mariposas rojas, amarillas y blancas que casi parecen flores? Pues lo eran, saltaron del tallo al aire, agitaron los pétalos como si fueran alitas y echaron a volar. Y, como se portaban bien, les daban permiso para revolotear de día, no tenían que volver a casa y quedarse quietecitas en el tallo, y los pétalos acabaron por convertirse en alas de verdad. ¡Pero si las has visto tú misma! Aunque también puede ser que las flores del jardín botánico no hayan ido nunca al castillo del rey, o que no sepan que allí se pasan unas veladas tan alegres. Por eso te voy a decir una cosa, para asombro del profesor de botánica que vive ahí al lado, lo conoces, ¿verdad? Cuando vayas a su jardín le dirás a una de las flores que en el palacio se celebra un gran baile, y ella

se lo dirá a todas las demás, y se marcharán volando. Cuando el profesor vaya al jardín, verá que no hay ni una sola flor, y no podrá imaginarse dónde están.

—¿Y cómo puede contárselo una flor a las demás? ¡Si las flores no hablan!

—¡No, claro que no hablan! —respondió el estudiante—. Pero saben hacer mímica. ¿Es que no has visto que cuando se levanta un poco de viento las flores mueven la cabeza y las hojas verdes? Resulta tan claro como si hablaran.

—¿El profesor entiende la mímica? —preguntó Ida.

—¡Sí, claro que sí! Una mañana bajó al jardín y vio una gran ortiga puesta en pie haciendo mímica con las hojas a un precioso clavel rojo. Le decía: «¡Eres precioso y te quiero mucho!». Pero al profesor no le gustan esas cosas y le dio un golpe a la ortiga en las hojas, porque son como sus dedos, pero se pinchó y desde entonces no se atreve a tocar una ortiga.

—¡Qué divertido! —dijo la pequeña Ida, riendo.

—¿Qué manera es esa de educar a un niño? —dijo el pesado del canciller, que había venido de visita y estaba sentado en el sofá; el estudiante no le gustaba nada, siempre andaba refunfuñando en cuanto lo veía recortar aquellas divertidas figuras tan curiosas. Un hombre colgado de una horca y con el corazón en la mano, porque había sido un ladrón de corazones; una vieja montada en una escoba y arrastrando a su marido por la nariz.

Al canciller todo eso no le gustaba nada, y entonces decía igual que ahora:

—¿Qué manera es esa de educar a un niño? ¡Son fantasías estúpidas!

Pero a la pequeña Ida le parecía muy divertido todo lo que le contaba el estudiante sobre las flores, y pensó mucho en ello. Las flores tenían la cabeza caída porque estaban cansadas, pues se habían pasado la noche bailando; estaban decididamente enfermas. Así que se las llevó con los demás juguetes, que estaban encima de una linda mesita, con el cajón repleto de chucherías. En la cama de juguete estaba su muñeca, Sophie, durmiendo, pero la pequeña Ida le dijo:

—Sophie, tienes que levantarte y dormir en el cajón esta noche; las pobrecitas flores están enfermas y van a dormir en tu cama, a ver si así se ponen bien.

De modo que levantó a la muñeca, que no dijo nada, pero parecía muy enfadada por no poder seguir en su cama.

Así que Ida acostó a las flores en la cama de la muñeca, las tapó bien con la manta y les dijo que se quedaran muy quietecitas mientras ella les preparaba un té para que se pusieran buenas y se pudieran levantar por la mañana, y corrió las cortinas de la camita para que no les diera el sol en los ojos.

Toda aquella tarde no pudo dejar de pensar en lo que le había contado el estudiante, y cuando llegó la hora de irse a la cama se acercó a las

cortinas que colgaban delante de las ventanas, donde estaban las flores más bonitas que tenía su madre, jacintos y tulipanes, y les susurró muy bajito:

—¡Ya sé que esta noche os vais a bailar!

Pero las flores hicieron como si no entendieran nada y no movieron ni un pétalo, aunque Ida sabía muy bien lo que sabía.

Cuando estaba ya metida en la cama, se pasó un buen rato pensando; sería estupendo ver a las preciosas flores bailando en el palacio del rey. «¿De verdad habrán estado allí mis flores?». Pero entonces se quedó dormida. A medianoche volvió a despertarse: había soñado con las flores y con que el canciller regañaba al estudiante diciendo que le hacía creerse cosas raras. El cuarto en que dormía Ida estaba en total silencio. La lamparita de noche estaba encendida y su padre y su madre dormían.

—¿Seguirán mis flores en la cama de Sophie? —se preguntó—. ¡Cómo me gustaría verlas!

Se incorporó un poco y miró hacia la puerta, que estaba entreabierta. Allí estaban las flores y todos los juguetes. Escuchó, y le pareció que alguien tocaba el piano en el salón, pero muy bajito, y tan bien como nunca lo había oído tocar.

—¡Ahora están bailando las flores, seguro! —dijo—. ¡Dios mío, cómo me gustaría verlas!

Pero no se atrevía a levantarse, porque despertaría a sus padres.

—¡Ojalá se vinieran aquí! —dijo.

Pero las flores no venían y la música continuaba sonando, tan bonita, que no pudo aguantar más, se levantó de la cama sin hacer ruido y avanzó muy despacio hacia la puerta, y miró en la sala. ¡Anda, qué cosa más divertida vio!

Allí dentro no había ninguna lámpara encendida, pero había mucha luz, pues la luna brillaba a través de la ventana, era casi como si fuera de día. Todos los jacintos y los tulipanes estaban en dos largas filas en el suelo, no quedaba ninguno en las ventanas, donde solo había macetas vacías. En el suelo estaban todas las flores bailando en corro. Formaban una cadena muy ordenada y estaban cogidas unas a otras por las largas hojas verdes mientras danzaban. En el piano había un gran lirio amarillo, al que Ida había visto aquel verano, se acordaba bien, y el estudiante había dicho: «Anda, cómo se parece a la señorita Line». Entonces todos se rieron de él. Pero ahora también Ida pensaba que aquella flor amarilla larguirucha se parecía a la señorita, y hacía los mismos gestos al tocar, inclinaba su largo rostro amarillo a un lado y otro, siguiendo el compás de la preciosa música. Pero nadie se dio cuenta de que allí estaba la pequeña Ida. Vio un gran azafrán azul bailando en medio de la mesa, donde estaban los juguetes, se acercó a la cama de la muñeca y corrió las cortinas para ver a las flores enfermas, que se levantaron y se indicaron unas a otras con gestos que también ellas querían participar en el baile. El viejo hombrecillo de porcelana

que tenía el cuerpo roto se puso de pie e hizo una reverencia ante las lindas flores, que no tenían aspecto de estar enfermas, y saltaron al suelo a mezclarse con las demás, tan contentas.

Le pareció que algo se había caído de la mesa. Ida miró, y resulta que era el ramillete de carnaval[2], que se había caído. Era muy bonito y tenía encima de todo una muñequita de cera con un sombrero ancho en la cabeza, igual al que siempre usaba el canciller. El ramillete de carnaval estaba dando saltos sobre sus tres patas de madera en medio de las flores, y dando zapatazos porque estaban bailando una mazurca, pero las demás flores no conocían el baile: eran demasiado ligeras y no sabían zapatear.

La muñeca de cera del ramillete de carnaval se volvió de repente alta y grande y se puso a dar vueltas encima de las flores de papel mientras gritaba con todas sus fuerzas: «¿Qué manera es esa de educar a un niño? ¡Eso son fantasías estúpidas!». Y es que la muñeca de cera se parecía muchísimo al canciller, con su sombrero de ala ancha y la misma cara amarillenta y gruñona. Pero las flores de papel le dieron golpes en las piernas y volvió a encogerse y a convertirse en una diminuta muñeca de cera. ¡Qué divertido era! La pequeña Ida no podía dejar de reír. El ramillete de carnaval se puso a bailar y el canciller tuvo que bailar también, fuera grande y fuerte o fuera una muñequita de cera con un gran sombrero negro. Las otras flores rogaron entonces que la dejaran tranquila, sobre todo las que habían estado acostadas en la cama de juguete, y el ramillete de carnaval se detuvo. Al mismo tiempo sonó un fuerte golpe en el cajón donde estaba Sophie, la muñeca de Ida, con otros juguetes. El hombrecillo de porcelana fue corriendo hasta el borde de la mesa, se tumbó sobre el vientre y abrió una rendija del cajón. Entonces Sophie se levantó y miró a su alrededor asombradísima.

—¡Pero si están bailando! —dijo—. ¿Por qué nadie me ha dicho nada?

—¿Quieres bailar conmigo? —dijo el hombrecillo de porcelana.

—Pues sí que eres tú guapo como para que baile yo contigo —dijo ella volviéndole la espalda.

Y se sentó en el cajón, pensando que seguramente alguna flor lo invitaría a bailar, pero no llegó ninguna; así que se puso a carraspear, ¡ejem, ejem, ejem!, pero siguió sin aparecer ninguna. El hombrecillo de porcelana bailaba solo y no lo hacía tan mal.

Como ninguna de las flores parecía darse cuenta de la presencia de Sophie, esta se dejó caer hasta el suelo, y se produjo un gran revuelo; todas las flores la rodearon corriendo y le preguntaron si se había hecho daño, y se portaron muy amablemente con ella, en especial las flores que habían estado durmiendo en su cama. Pero no se había hecho daño, y las flores de Ida le dieron las gracias por prestarles su preciosa cama, y la querían tanto que la llevaron al centro de la sala, donde caía el resplandor de la luna; bailaron con ella mientras las demás flores formaban un corro a su alrededor. Sophie estaba ahora de lo más contenta y dijo que

podían quedarse con su cama, a ella no le importaba nada en absoluto dormir en el cajón. Pero las flores dijeron:

—¡Muchísimas gracias, pero no viviremos mucho tiempo! Mañana estaremos muertas. Pero dile a la pequeña Ida que nos entierre en el jardín, en la tumba del canario, y el verano próximo volveremos a crecer y seremos mucho más bellas aún.

—¡No, no podéis moriros! —dijo Sophie besando las flores.

En ese mismo instante se abrió la puerta de la sala y entró bailando gran número de flores preciosas: seguramente serían las flores del palacio del rey. Delante de todas ellas iban dos preciosas rosas con pequeñas coronas de oro, eran un rey y una reina; detrás venían alhelíes bellísimos y claveles que iban saludando a los lados. Llevaban música, grandes amapolas y peonías que tocaban en vainas de guisante, y todas tenían la cara roja de tanto soplar. Las campanillas azules sonaban como si llevaran campanas. ¡Era una música preciosa! Detrás venían otras muchas flores, todas bailando, las azules violetas y las rojas mayas, las margaritas y los lirios del valle. Y todas las flores se besaban, ¡era precioso!

Al final, las flores se dieron las buenas noches y la pequeña Ida se fue también a la cama sin hacer ruido, y soñó con todo lo que había visto.

A la mañana siguiente, nada más levantarse, fue a la mesita para ver si las flores seguían allí, apartó la cortina de la camita, y sí, allí estaban, pero todas marchitas, mucho peor que el día anterior. Sophie estaba acostada en el cajón donde la había dejado, parecía completamente dormida.

—¿Te acuerdas de lo que tenías que decirme? —preguntó la pequeña Ida, pero Sophie puso cara de tonta y no dijo ni una palabra.

—No eres buena —dijo Ida—, y eso que todas bailaron contigo.

Cogió entonces una cajita de papel que tenía pintados unos preciosos pájaros, la abrió y metió las flores muertas.

—Este será vuestro féretro —dijo—, y cuando vengan mis primos de Noruega asistirán a vuestro entierro, en el jardín, para que el verano próximo podáis crecer y os hagáis aún más hermosas.

Los primos noruegos eran dos chicos fuertotes que se llamaban Jonas y Adolph. Su padre les había regalado dos ballestas nuevas, y las llevaron para enseñárselas a Ida. Ella les contó lo que les había pasado a las pobres flores, que estaban muertas, y les dijo que las enterraran. Los dos muchachos fueron delante con las ballestas al hombro, y la pequeña Ida detrás con las flores muertas metidas en la bonita caja. Excavaron una pequeña fosa en el jardín. Ida besó a las flores, las puso en el suelo metidas en la cajita, y Adolph y Jonas dispararon sus ballestas sobre la tumba, porque no tenían fusiles ni cañones.

PULGARCITA

HABÍA UNA VEZ UNA MUJER que deseaba fervientemente tener un niño pequeñito, pero no sabía cómo hacer. Así que fue a ver a una anciana bruja y le dijo:

—Me gustaría muchísimo tener un niño pequeñito. ¿Quieres decirme dónde puedo conseguirlo?

—Bueno, algo podremos hacer —dijo la bruja—. Aquí tienes un grano de cebada, pero no es de los que crecen en los sembrados y se comen las gallinas; ponlo en una maceta y ya verás.

—¡Muchas gracias! —dijo la mujer.

Le dio a la bruja doce monedas y se marchó a su casa, plantó el grano de cebada y en seguida salió una flor preciosa muy parecida a un tulipán, aunque los pétalos estaban cerrados y apretados, como si fuera un capullo sin abrir.

—¡Qué flor más bonita! —dijo la mujer, dándole un beso en los pétalos rojos y amarillos.

Pero en el mismo momento en que besó la flor, esta dio un chasquido y se abrió. Era un auténtico tulipán, eso estaba claro, pero en el centro de la flor, encima de los estigmas verdes, había una niña diminuta, fina y delicada; no medía más de una pulgada, y por ello la llamó Pulgarcita.

Por cuna le dio una cáscara de nuez bellamente lacada, azules pétalos de violeta eran los colchones y un pétalo de rosa su colcha. Dormía allí por la noche, y durante el día jugaba encima de la mesa, donde la mujer había